

Peter Altenberg

Páginas escogidas

Edición, traducción y notas de Adan Kovacsics

Prólogo de Antoni Martí Monterde



H&O

Primera edición: septiembre de 2022

© De la edición, la traducción y las notas: Adan Kovacsics, 2022

© Del prólogo: Antoni Martí Monterde, 2022

© De esta edición:

H&O Editores

C/ Milà Fontanals, 19, 2º — 08012 Barcelona

Fotografía de la faja: Alamy

Fotografía de la contra: Alamy

Diseño de colección: Silvio García Aguirre

Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas

Corrección: María Campos y Marc García García

Impresión: Bookprint

ISBN: 978-84-125118-7-1

Depósito legal: B 16381-2022

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

PETER ALTENBERG
UN *CLOCHARD* EN EL CAFÉ

Prólogo de Antoni Martí Monterde

Richard Engländer nació y murió en Viena (1859-1919). Peter Altenberg nació en la literatura; como todo seudónimo, convirtiéndose en el único nombre de un escritor. Además, la escritura ¿autobiográfica? de nuestro autor remite a una existencia pseudonímica, una firma que da unidad al relato de una vida cuyo centro de sentido es ya la propia ficcionalización. Incluso cuando peor lo estaba pasando, Altenberg rechazó ofertas de trabajo alegando que estaba demasiado ocupado llevando a cabo su propia existencia. Peter Altenberg es alguien a quien Richard Engländer conoce de toda la vida, pero de quien ya no tiene noticias. Podría pensarse que la adopción de un pseudónimo enlaza todavía en esos años con la tradición panfletista del XVIII, con la necesidad política de permanecer en el anonimato o con las intenciones satíricas de buena parte del XIX, o sencillamente con la distinción entre nombre ciudadano y nombre de pluma en las instituciones literarias; todas estas explicaciones dan coherencia histórica al uso de pseudónimos, al menos hasta que aparece uno concreto: Stendhal. Pero teniendo en cuenta que en 1883 Richard Engländer fue internado en un sanatorio al habersele diagnosticado *neurastenia gravis*; que en diversas ocasiones estuvo ingresado con diagnósticos relacionados con la paranoia, la depresión y el alcoholismo,

que Schnitzler tuvo que rescatarlo del psiquiátrico donde lo había ingresado su hermano; que además vivía de hotel en hotel, sin domicilio conocido que no fuese el Café Central; que intentaba cobrar por sus peroratas callejeras; que sin la ayuda de Kraus y Loos seguramente habría muerto mucho antes, de hambre, hasta el punto de que los escritores de Viena y Berlín tuvieron que hacer más de una colecta para echarle una mano; si tenemos en cuenta que todo ello le sucedía en la Viena que estaba descubriendo el psicoanálisis, no parece muy sensato explicar la adopción de un pseudónimo en términos meramente sociales, o como *nom de plume*. Peter Altenberg —o, sencillamente, P. A., que es como suele presentarse como personaje en sus textos— registra un profundo cambio de estatuto de la pseudonimia, que se extiende como proceso hasta las vanguardias.

Escribir sobre escritores de Café en la Viena de *fin-de-siècle* exige pedir perdón por la redundancia; la nómina es casi infinita: algunos más ilustres que otros, ejemplos de grafomanía desplegada en miles de páginas o autores de obra mínima, pero igualmente imprescindibles para comprender algo que uno de ellos, Stefan Zweig, supo explicar en sus memorias:

Para comprender esto hay que saber que el café vienés es una institución muy particular que no puede compararse sin más con ninguna similar en el mundo. Es, en realidad, una especie de club democrático al que tiene entrada todo el que consume una tacita de café y donde cada cliente, a cambio de esa pequeña consumición, puede quedarse sentado horas y horas para discutir, escribir, jugar a los naipes; donde puede recibir su correspondencia y, sobre todo, consultar un sinfín de diarios y revistas. (...) Es posible que nada haya contribuido tanto a la agilidad intelectual y a la orientación internacional del austriaco como esa posibilidad de informarse tan ampliamente sobre todos los

acontecimientos del mundo en el café, donde a la vez los podía discutir con su círculo de amigos.

Pero todo se justifica cuando se trata de presentar un libro del autor que fue capaz de escribir este poema:

Tienes tus preocupaciones, sea esta, sea aquella... ¡al café!
Por algún motivo, por muy comprensible que sea, ella no puede venir a verte... ¡al café!
Tienes las botas destrozadas... ¡al café!
Tienes un salario de cuatrocientas coronas y gastas quinientas... ¡al café!
Eres un hombre correcto y ahorrador y no te permites ningún lujo... ¡al café!
Eres funcionario y te habría gustado ser médico... ¡al café!
No encuentras a ninguna que armonice contigo... ¡al café!
Te hallas internamente al borde del suicidio... ¡al café!
Odas y desprecias a los seres humanos y, sin embargo, no puedes prescindir de ellos... ¡al café!
Ya no te fían en ningún sitio... ¡al café!

En su «Autobiografía» de *Lo que me trae el día*, publicado en 1901, la pregunta por el género implica la pregunta por lo que el mismo escritor pueda ser: una pregunta por la mirada, interior y exterior al mismo tiempo; de ahí la propuesta de epitafio que Altenberg apunta al cabo de unos renglones: «Quiero que estas palabras adornen mi lápida: “Amó y vio”». Y sobre todo amó y vio en el Café. Primero, como casi todos los escritores vieneses del momento, en el Griensteidl, hasta que la especulación lo derribó, lanzando a todos sus escritores al destierro, tal como comentó Karl Kraus en su primer artículo publicado en el *Wiener Rundschau* el año 1896, «Die Demolierte literatur» («La literatura demolida»):

Se recogerán a toda prisa todos los utensilios de la literatura: la falta de talento, la sabiduría precoz, las poses, la megalomanía, las chicas de suburbio, las corbatas, el manierismo, los errores gramaticales, los monóculos, los nervios secretos. No puede quedar nada. Los poetas, dubitativos, son delicadamente acompañados a la puerta. Arrancados de sus rincones en penumbra, temen al día, la luz del cual les ciega, la abundancia de la cual les asfixia. Contra esta luz, un monóculo es bien poca protección; la vida destruirá las muletas de la afectación...

¿Adónde se dirige ahora nuestra joven literatura? ¿Cuál será su próximo Griensteidl?

Entre los afectados por aquel derribo se encontraba Peter Altenberg, que, como tantos más, buscó acomodo en algún otro establecimiento; concretamente, se mudó al Café Central, en el cual se instalaría para siempre, aunque en su caso esto significa simplemente que el Café era el lugar donde solía interrumpirse momentáneamente su vagabundeo, que incluía algunos otros locales diurnos y nocturnos y diversas pensiones que en absoluto constituían un domicilio, papel este reservado más bien a la calle misma y a su mesa del Café de Herrengasse, 1. De hecho, hoy la figura de Altenberg reproducida en cartón piedra da la bienvenida a la entrada del local, como un definitivo y triste exponente de la ciudad como simulacro. Como señala Claudio Magris reflexionando sobre el maniquí que reproduce su figura en una mesita de la entrada del no menos reproducido Café Central de Viena, seguramente Altenberg no se enfadaría ante la visión de tal simulacro: como tantos otros escritores vieneses de la época había comprendido «cuán difícil estaba siendo distinguir la existencia, inclusive la propia, de su imagen reproducida y multiplicada en innumerables copias».¹

1. Claudio Magris, *El Danubio*, (1986), trad. cast. de Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 1988 (2000); p. 156.

Karl Kraus le respetaba y admiraba profundamente —a diferencia de los sentimientos que le inspiraban otros *habitués* de aquel local—. En 1919 Kraus pronunció unas sentidas y significativas palabras en el triste sepelio de Altenberg, muerto como Richard Engländer, sin pseudónimo y en la ruina, libre ya de los filisteos vieneses que, según Kraus, no eran capaces de entrever lo que significaba su condición aparentemente miserable: «Tu disfraz solo se debía al azar de las circunstancias temporales y a la necesidad de ocultarte de ellos». Y en 1923, el gran arquitecto de aquella nueva Viena que se debatía entre demoliciones y construcciones, Adolf Loos, realizó el bello monumento funerario que ennoblece su tumba. Finalmente, en 1932 el mismo Kraus preparó y sufragó una antología de sus escritos que cabe considerar determinante en la evolución de las letras alemanas, especialmente en lo relativo a sus formas breves.

Esta excepcional relación de Kraus con Altenberg se explica porque la prosa de este último constituye la muestra más representativa de ese cruce de palabras públicas —publicadas— con incipientes proyectos literarios que todavía no saben que lo son, porque en realidad nunca llegarán a serlo. La primera publicación de Peter Altenberg, «Crónica de sucesos», muestra claramente el impacto de la lectura de periódicos en la escritura y la articulación del campo literario vienes. Se trata de un relato que vio la luz en el número 3 de la revista *Liebelei*, el 21 de enero de 1896. El texto comienza de manera tan rotunda como neutra: «Leyó en el café la siguiente noticia en el *Extra-blatt* de fecha 21 de noviembre». A partir de una información periodística sobre una joven desaparecida, el narrador, en tercera persona, se refiere siempre a aquella muchacha como una fijación que le reordena «toda el alma»: la vida real del protagonista queda eclipsada por la existencia de la desaparecida.

Simplemente con subrayar su nombre, pronunciarlo aisladamente, ya resultaba suficiente. La expectativa de nuevas informaciones, la inquietud ante la falta de noticias, lo que se comenta en las mesas del Café sobre aquel suceso protagonizado por «una callejera, eso es todo...» —comentarios que el narrador refuta imaginariamente, puesto que «sintió que quedaría muy ridículo si intercediera»— no hacen sino intensificar el deseo, un deseo que sobre todo es de saber más de aquella joven, a quien empieza a visualizar con todo detalle, para quien se inventa toda una historia y con quien, de hecho, comienza a imaginarse su vida. Fantasmagóricamente, la muchacha del *Extrablatt* empieza a formar parte esencial de su existencia. El hecho de comprar aquel día el diario (a pesar de que había en el Café, donde ya lo había leído, siete ejemplares) resulta una especie de apropiación casi fetichista del único objeto material posible, la noticia, que es desmaterializada, objetivada y desobjetivada en un solo gesto. Aquellas cuatro frases mal contadas de la prensa, cuyo centro inaccesible es un nombre, son arrastradas a múltiples conjeturas sobre el destino de la chica, e imaginaciones sobre quién sería el culpable de su desgracia —«¡El Minotauro “hombre” ha devorado a una virgen!»—, que pone en relación con sus lejanas lecturas sentimentales de la Bibliothèque Rose. «“¡Esa crucecita en el cuello, esos ojos atemorizados!” sorbía cada detalle»; y en cada detalle, el subrayado del periódico crece en la ficcionalización de una verdad que nunca podrá ser, pero que ya es la verdadera existencia del narrador, junto a la desaparecida: «¡Crear es casi ser! ¡Cuando creo en ti, existes!» De la cita objetivante se ha pasado a la cita subjetivante, creadora de un nuevo estado de subjetividad, que pasa del protagonista al narrador, y del narrador al lector, que además se encuentra por primera vez aquel relato en otra publicación periódica.

El narrador concluye distanciándose tanto del suceso como del protagonista para implicar al lector en el punto exacto donde aquella crónica excede lo sucedido: «Johanna H. continuó desaparecida». Nada, así pues, que pueda cerrar el relato, que dé un sentido último a un suceso que sigue sucediendo, sucediéndose como los días, abiertos por el narrador, en una continua transformación sin final de la propia existencia a partir de los recortes del periódico.

Sería fácil vincular este fragmento más bien a la conocida adopción de Altenberg por el género femenino, una especie de *Frauenkult* desarrollado en numerosos escritos, y a las múltiples fotografías de jóvenes anotadas por el escritor. Pero, por el momento, lo que interesa subrayar es cómo esa noticia reordena el día, los días del personaje y del narrador mismo. No es diferente la actitud que se convertiría en su poética personal, dando lugar a textos tan fragmentarios como la *Vita ipsa* (1918) o *Lo que me trae el día* (1911), por citar dos de los títulos de Altenberg que remiten a la disolución de la idea de obra en su literatura precisamente para recoger claramente la idea de realidad que la hace posible. Y, en esa idea de la propia literatura, son muy abundantes las anotaciones de Altenberg que, bajo el epígrafe «memorias» o «autobiografía», glosan precisamente la prensa. De manera parecida a como los dadaístas plantearon, más tarde, que del recorte de las palabras de un periódico del día, depositadas en una bolsa para luego extraerlas a ciegas, surgiría, merced a esa reordenación azarosa, un poema, y «el poema se parecerá a usted», la escritura del yo de Altenberg en este relato de textura autobiográfica se sustenta por igual en la palabra propia y en la recogida de la prensa.

Pero, además, los escritos de Altenberg son siempre anotaciones que, justo en el momento de concretarse, dejan de remitir

al escritor mismo, a la figura del autor, para despersonalizarse, para ser el diario de cualquiera, de todos, de nadie. La forma de los escritos de Altenberg resulta, de entrada, desconcertante, hasta el punto de que una de las inteligencias más brillantes que le fueron contemporáneas, la de Hugo von Hofmannsthal, no supo caracterizarla más que con ciertas reservas y perplejidad: «Es un libro nuevo, una especie de libro», comenzaba su reseña de *Como yo lo veo* (1896); «no sé de qué clase. Está completamente lleno de pequeñas historias, como una cesta de fruta. (...) Los personajes de esas cien historias hacen las cosas más ordinarias y dicen las cosas más ordinarias, pero el poeta ve los fragmentos de sus destinos modestos con los ojos embriagados de alguien que mira un jardín mientras lo riegan».² Pocas veces las dudas expresadas por un reseñista han resultado tan acertadas, seguramente en contraste con sus intenciones iniciales; aunque pocos años más tarde, en algunos aspectos, un tal Lord Chandos no se sitúe demasiado lejos del autor reseñado. Quizá deba entenderse como réplica a, entre otros, aquel artículo de Hofmannsthal la anotación que años más tarde Altenberg publicará en *Pródromos* (1906) bajo el título «Individualidad», que constituye, junto con «Arte» (1903), una especie de poética desdoblada —si es que no hay algo de poética en toda página suya—. Se refiere, de hecho, a la publicación de aquel primer libro: «La auténtica individualidad consiste en ser por adelantado y en solitario aquello que más tarde todos, todos han de ser. La falsa individualidad consiste en ser un capricho casual de la naturaleza, un ciervo blanco o un ternero bicéfalo. ¿A quién le serviría? ¿Formaría parte del museo de curiosidades de la humanidad!»

2. Hugo von Hofmannsthal, «Un nouveau livre viennois» [reseña de *Wie ich es sehe* (1896), de Peter Altenberg], trad. fr. de Albert Kohn en *Lettre de Lord Chandos et autres essais*, París, Gallimard, 2003; p. 55-56.

Hay que tener presente que la primera publicación de Altenberg se dio a iniciativa de Arthur Schnitzler y Karl Kraus, no del propio autor, lo cual añade un matiz de impersonalidad todavía más determinante, al tratarse de una escritura sin proyecto, sin intención de convertirse en obra, pero que sin embargo inicia una carrera literaria de manera brillante. No una carrera decidida por uno mismo, sino dirigida por otros, y además: ¿Hacia dónde? En un escrito autobiográfico, Altenberg lo aclara:

Un día, en el trigésimocuarto año de mi existencia vagabunda, estaba yo sentado en el Café Central, Viena, Herrengasse, en una sala revestida de un papel pintado de fabricación inglesa y de color dorado. En la última edición de la Gaceta, mi mirada se perdía en la fotografía de una chica de quince años desaparecida cuando iba de camino a su clase de piano. Se llamaba Johanna W. Profundamente emocionado, escribí mi bosquejo «Crónica local». Entonces entraron Arthur Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal, Felix Salten, Richard Beer-Hofmann y Hermann Bahr. Arthur Schnitzler me dijo: «¡No sabía que usted escribía! Está escribiendo en una cuartilla y tiene delante un retrato, ¡me parece intrigante!». Y se quedó mi bosquejo. (...) Tiempo más tarde Karl Kraus, también llamado *La Antorcha*, (...) envió a mi actual editor S. Fischer (...) algunas de mis crónicas, indicándole que yo era una persona muy original, un genio sin igual.

S. Fischer las publicó, y es así como me convertí en Peter Altenberg.

Si en aquel momento, en el Café Central, hubiera estado apuntando los cafés que llevaba meses debiendo, Arthur Schnitzler no se habría interesado por mí. (...) Sin embargo, son todos ellos quienes han “hecho” a Peter Altenberg. ¿Y en que me he convertido?

En un *clochard*.³

3. Peter Altenberg, «Comment je suis devenu Peter Altenberg», recogido en *Télégrammes de l'âme*, trad. fr. de Catherine Kraemer y Jeanne Heisbourg,

Quizá no sea insensato ver en Altenberg una de las fuentes de inspiración para Stefan Zweig al crear el personaje de Buchmendel, Mendel el de los libros, a quien tampoco se le conocía otro domicilio que su mesa en el Café Gluck.

Independientemente de lo no poco de leyenda que haya en todo esto, lo substancial es que remite a la misma fantasmagoría que sustenta «Crónica de sucesos», que con el giro autobiográfico remite a la escena inicial de un proyecto literario sin proyecto, pero que ocupará cientos de páginas parecidas a estas. El individuo asiste a la irrupción de su propio destino de forma inesperada, inaprehensible, imposible de encerrar en un sentido completo con forma de frase; lo único que puede esperar el escritor sentado en una mesa de un Café es que su destino entre por la puerta, o le sorprenda en las páginas del periódico, o le llegue como una frase entrecortada desde la mesa de al lado; al margen de la vida, el escritor está ya también al margen de sí mismo, en su mesa reservada, y solo del cruce de ambos márgenes surgirá la escritura del día.

La fragmentación de esos telegramas del alma, de esos estallidos —*Splitter* es un término recurrente en sus escritos— de vida, tiene que ver con esa ficcionalización agrietada continuamente por la realidad. La autobiografía remite ya a la vida de alguien que es consciente de esa fragmentación, y que reconoce el papel de la ficción en la vida cotidiana, hasta el punto de cederle su centro —vacío— de gravedad. En un tiempo en que nada escapa al desvanecimiento de la oposición entre verdad y falsedad, que el propio escritor parta de esa inestabilidad para comenzar —desesperada y lúdicamente— una nueva época de la subjetividad moderna aleja a Altenberg de

Lausanne, éditions de l'Aire, s. f.; pp. 83-85.

PÁGINAS ESCOGIDAS

COMO YO LO VEO

Nueve y once²

Margueritta estaba cerca de él.

Se apoyaba en él.

Le cogía la mano con sus manitas y la sujetaba con fuerza. A veces la apretaba contra su pecho con suavidad.

Solo tenía once años.

—Margueritta es la filántropa —decía la madre al joven—. Rositta es diferente... Ama la soledad, la naturaleza y los animales. Ahora se ha encariñado con un perro zorrero amarillo, un tal señor Von Bergmann. Ayer tuvo la fortuna de serle presentada. Y hoy lleva los bolsillos llenos de terrones de azúcar para él... pero es un amor desdichado.

—¿Cómo que desdichado?... —saltó la niña—. ¡Lo quiero! No paro de pensar en él... ¡Y eso me colma de felicidad!

2. Según cuenta Peter Altenberg en «Cómo llegué a ser escritor» (*El ocaso de mi vida*), fue este el primer bosquejo que escribió. «En el verano de 1894 dos niñas encantadoras y entusiastas, de nueve y once años de edad, trabaron amistad conmigo en Gmunden. A finales de septiembre la familia regresó a Viena. En la noche de la lacrimosa despedida de Alice y Auguste (Popper) escribí el primer bosquejo de mi vida, a los treinta y cinco años, con el título *Nueve y once*, el primer bosquejo de mi primer libro: *Como yo lo veo*».

Rositta, de nueve años de edad, era pálida y delicada.

Margueritta decía:

—¡Ay, Rositta es una exagerada!...

—¿Por qué? —preguntó la hermana, y palideció.

—¡Sí, una exagerada!... ¡Quiere ser pastora alpina en el monte Patscherkofl y aprender a tocar la cítara!

Rositta:

—¡Es que el hostelero de Igls tocaba la cítara y cantaba tan bonito...! ¡Y ni siquiera se daba cuenta de que cantaba tan bonito!... ¡Estaba ahí sentado y cantaba...!

Margueritta:

—Rosie tiene voz de contralto y ella misma escribe sus canciones. A veces canta por la mañana: «¡Oh, mis montañas, mis montañas!...». ¡Pero la verdad es que es una exagerada!...

La madre dijo:

—Pero si eso no es una canción: «¡Oh, mis montañas!...».

Rosie miró a su hermana, sorprendida, cohibida.

Margit aseguró:

—¡Que sí, que es una canción!... ¡Mamá, tú no lo entiendes! ¡Solo nosotras lo entendemos! Es una canción, ¿no es cierto, señor?...

El joven contestó:

—¡Sí!

Pensó: «Un alma humana hecha sonoridad... ¡una canción!». Sondeó con la mirada ese mundo de dos almas infantiles. Margueritta era el amanecer rosado... solo se podía expresar así. ¿Pero la otra, la pastora del Patscherkofl, la niña pálida y delicada que quería aprender a tocar la cítara y cantaba con voz de contralto: «¡Oh, mis montañas, mis montañas!...»?

Se hizo de noche.

Estaba sentado entre las dos niñas en un banco de la explanada. Margueritta apoyó la cabecita rubia sobre sus rodillas y se durmió. Rosie contemplaba el lago...

Ambas dulces y blancas almas infantiles habían volado hacia él. Pero solo Margueritta lo quería de verdad, y él solo de verdad a ella la quería.

Pero ¿qué quiere decir “de verdad”?

Sobre la otra flotaba el destino. Algo en ella cantaba: «Oh, mis montañas...». No obstante, lo besó con enorme dulzura y dijo:

—Oye, señor Albertito...

“De verdad, de verdad”, sin embargo, ella solo amaba... ¡al señor Von Bergmann, ese ser de pelo amarillo, patitas torcidas y orejas gigantescas! Cuando Von Bergmann pasaba zaqueando, ella sentía un profundo deseo... Allí estaba ella con los terroncitos rechazados, y los tiró al agua... El joven percibió la profundidad.

La madre dijo simplemente:

—Rositta es difícil de tratar. Procuero que duerma mucho. Quiero mantenerla alejada de las excitaciones...

El corazón materno también percibía ese “destino que flota”.

El joven trataba a ambas por igual. Daba besos a las dos, paseaba por la explanada de la mano de las dos, y con las dos remaba lentamente arriba y abajo al atardecer... Y a ambas regaló como despedida, en otoño, sendos broches de oro que representaban unos cencerros y llevaban grabadas estas palabras: «A orillas del lago».

Al otro día, Rositta cantaba en la ciudad con voz de contralto:

—¡Oh, mis montañas, mis montañas!

Era una canción... ¡una canción, claro que sí!

Margueritta escuchaba y pensaba: «¡Es una poetisa, una cantante!». Luego se limitó a decir:

—Rosie, ¡eres una exagerada!

De diecisiete a treinta

Fui un día al Primer Peluquero de la Corte.

Olía a agua de colonia, a batas de lino recién lavadas y a ligero humo de cigarrillo... *Sultan flor, Cigarettes des Princesses égyptiennes.*

Sentada a la caja había una muchacha muy joven, de pelo rubio claro y sedoso.

«¡Ay —pensé para mis adentros—, vendrá un conde y te seducirá, preciosa!».

Me miró, con una mirada que decía: «Quienquiera que seas, uno entre miles, te diré que tengo toda una vida por delante, toda una vida... ¿sabes?».

Lo sabía.

«¡Ay —pensé para mis adentros—, también puede que sea un príncipe!».

Se casó con un cafetero que falleció al cabo de un año.

Tenía ella la constitución de una gacela. La seda y el terciopelo no acrecentaban su belleza... Seguramente, alcanzaba el máximo esplendor desnuda.

El cafetero falleció.

La encontré en la calle con un hijo.

Me miró, con una mirada que decía: «A pesar de todo, tengo toda una vida por delante, toda una vida... ¿sabes?».

Lo sabía.

Un amigo mío padecía de tifus. Rico y soltero, vivía en una villa a la orilla del lago.

Cuando fui a visitarlo, una joven dama de pelo rubio claro y sedoso le estaba poniendo compresas de hielo. Las delicadas manos de la joven habían quedado totalmente cuarteadas por el agua helada. Me miró: «¡Así es la vida!... ¡Lo amo!... ¡Porque la vida es así!...».

LO QUE ME TRAE EL DÍA

Autobiografía

Nací el año 1862 en Viena.⁸ Mi padre es comerciante. Tiene una particularidad: solo lee libros franceses. Desde hace cuarenta años. Sobre su cama cuelga un magnífico retrato de su ídolo, Víctor Hugo. Al llegar la noche se instala en un sillón rojo oscuro y se enfrasca en la lectura de la *Revue des Deux Mondes*. Lleva puesta una chaqueta azul con cuello ancho de terciopelo al estilo de Víctor Hugo. No, ya no existen idealistas como él en este mundo. Una vez le preguntaron:

—¿No se siente usted orgulloso de su hijo?

Y él replicó:

—No me ofendió mucho que fuera durante treinta años un perfecto inútil. Por ende, ¡tampoco me complace sobremanera que ahora sea un poeta! Le di libertad. Sabía que me la jugaba. ¡Pero confiaba en su alma!

Sí, nobilísimo y peculiarísimo padre, mucho tiempo he abusado de tu divino regalo de la libertad, he amado apasionadamente a damas nobles y a damas nada nobles, he mirado las musarañas en los bosques, he sido jurista sin haber estudiado

8, Peter Altenberg nació, de hecho, el 9 de marzo de 1859.

derecho, médico sin haber estudiado medicina, librero sin vender libros, amante sin casarme y, por último, poeta sin escribir poemas. Pues ¿son acaso poemas mis bagatelas? En absoluto. Son extractos. Extractos de la vida. La vida del alma y del día con sus azares y avatares, concentrada en dos o tres páginas, despojada de todo lo superfluo como la carne de vaca cocida en las cacerolas Liebig. Queda entonces en manos del lector disolver de nuevo estos extractos por sus propios medios, convertirlos en un caldo potable, hervirlos mentalmente, o sea, en una palabra, transformarlos en cosa fluida y digerible. No obstante, existen ciertos “estómagos mentales” incapaces de soportar los extractos. Todo les resulta pesado y corrosivo. Necesitan un noventa por ciento de caldo: aguachirle. ¿Cómo van a disolver los extractos? ¿Tienen acaso fuerzas para ello?

Por eso tengo tantos enemigos, ¡todos “dispépticos psíquicos” sin ir más lejos! ¡Gente de digestión laboriosa! “Superar las dificultades” lo es todo para el artista. ¡Superar incluso los problemas de uno mismo! Además, digo, cuanto uno “calla con sabiduría” es más artístico que aquello que suelta en un “arranque de locuacidad”. ¿O no? ¡Amo el “procedimiento abreviado”, el estilo telegráfico del alma! ¡Tu pretensión sea describir a una persona en una frase, una vivencia del alma en una página, un paisaje en una palabra! ¡Apunta, artista, y da en el blanco! De eso se trata. Y sobre todo: ¡escúchate a ti mismo! ¡Presta atención a las voces de tu interior! ¡No te avergüences de tu persona! ¡No te dejes intimidar por los sonidos desacostumbrados! ¡Con tal de que sean tuyos! ¡Ten coraje para asumir tus desnudeces! No he sido nada, ni soy nada, ni seré nada. Pero vivo a fondo y en libertad y hago que gente noble y comprensiva participe de las vivencias de este ser íntimo y libre, poniéndolas sobre el papel de la forma más concisa posible.

¡Soy pobre, pero soy yo! ¡Soy del todo yo mismo! ¡El hombre sin concesiones!

¿Que qué se consigue con eso? Pues unos cien florines al mes y algunos fervorosos admiradores.

¡Que los tengo, ya lo creo que sí!

Mi vida ha estado dedicada a cultivar un entusiasmo sin medida por esa obra de arte de Dios que es el “cuerpo femenino”. Mi miserable cuartucho está casi todo empapelado con desnudos de formas perfectas. Todos esos estudios se encuentran en marcos de roble y llevan alguna firma. Sobre el de una muchacha de quince años de edad hay escrito lo siguiente: *Beauté est vertu*. La belleza es virtud. Y debajo de otro: «Solo existe una indecencia en lo que respecta al desnudo... ¡considerarlo indecente!».

Al pie de otro podemos leer estas palabras: «Así te han soñado Dios y los poetas». ¡Pero los homúnculos, en su debilidad, inventaron el pudor y te taparon, te encajonaron en una suerte de ataúd!

Cuando P. A. despierta, posa la mirada en el sagrado esplendor y se aviene a aceptar con resignación los agobios y miserias de la existencia, ¡puesto que le han sido dados dos ojos para embeberse de la belleza más sagrada del universo!

¡Ojos, ojos, posesión que hace de cada ser humano un Rothschild!

Pero los otros se quedan mirando la vida como la rana se mira el nenúfar.

Quiero que estas palabras adornen mi lápida: «Amó y vio».

Sí, vivir en un estado de éxtasis interno hasta arder, buscar la fiebre, prenderse fuego a uno mismo con las bellezas de este mundo... esto lo ha sido todo para nosotros, así para el padre como para el hijo.

Pero mientras el viejo todavía se relacionaba o chocaba con la vida cotidiana, el joven huyó sin pensárselo dos veces de esa prisión de las obligaciones.

Sí, soy pobre, muy pobre, pero mi noble padre me dio, con espléndida sabiduría, una riqueza que pocos conceden a sus hijos. «Tiempo para el desarrollo y la libertad». De este modo, mi alma, que no había sido despojada de los increíbles tesoros que la vida nos arroja como perlas sobre la playa desierta, pudo entregarse a las trágicas o tiernas realidades y crecer y crecer...

Mi mamá fue en su día una dama maravillosa y refinadísima, de manos y pies delicados y delgadas articulaciones. Era como una gacela. Una vez mi padre se trajo de Inglaterra a una muchacha guapísima. Dijo a mamá:

—Te presento a Maud-Victoria, querida, la chica más bella de toda Inglaterra.

Mamá contestó que, efectivamente, se trataba de la chica más hermosa de toda Inglaterra y añadió con tono de suma tristeza:

—¿Y se quedará con nosotros?

Conmovido por la pregunta, mi padre devolvió a la «chica más bella de Inglaterra» a su país.

Como mi padre visitaba con frecuencia a mis queridas amigas, las chicas axantis,⁹ y les regalaba pañuelos de seda, alguien comentó: «El viejo ha heredado las taras de su hijo».

En mi infancia sentía un amor indescriptible por los prados alpinos. Sembrado de insectos y mariposas, el prado alpino despedía un perfume cálido y vaporoso bajo los rayos ardientes del sol y realmente me embriagaba. Como hacían también los claros de los bosques. En los sitios cenagosos y soleados de estos se instalaban las mariposas, tanto las pequeñas, azu-

9. Véase nota p. 57.

les y sedosas, como las rojinegras vanesas atalantas, y se veían las huellas de los ciervos. Pero los prados alpinos los amaba con fanático fervor; sí, los ansiaba. Siempre imaginaba víboras bajo las piedras blancas y calientes, y ese animal fue para mí, de hecho, misterio y leyenda en mi infancia. Sustituía al ogro, al gigante y a la bruja. Me sabía al dedillo todas las picaduras y sus consecuencias, sus lentos y terribles suplicios, sus misteriosos y paulatinos efectos, su manera de actuar perversa y subrepticia, así como los tratamientos adecuados y demás cosas. El cuerpo negro grisáceo, maravilloso y delicado de la víbora me parecía de lo más hermoso y distinguido, y cuando amaba a una chica, me figuraba una y otra vez la misma situación: «¡Ojalá una víbora le pique en el pie durante una excursión alpina, y yo le chupe el veneno de la herida para salvarla!».

Conocía perfectamente el terreno en que, sin la menor duda, debían de vivir las víboras; lo pisaba y me mantenía alerta. Pero en mi vida he visto una víbora viva, y eso que la zona del Schneeberg está plagada de ellas. Solo fue para mí una pesadilla dulcemente inquietante.

Siempre imaginaba la misma escena: una víbora muerde a la amada encima del tobillo. Todos se desesperan y nadie sabe qué hacer. Voy a comprar aguardiente de genciana a la cabaña alpina más próxima y provocho la embriaguez etílica, único remedio eficaz. Ante lo cual ella pregunta: «Oh, ¿cómo lo sabía usted?». Y yo respondo con llaneza: «Lo he leído en la enciclopedia de Brehm...».

Esperé a las víboras siempre y por doquier. Nunca vinieron.

A los veintitrés años idolatraba a una chica de trece años, hermosísima; me pasé las noches en vela, llorando. Me prometí con ella y trabajé de librero en Stuttgart para ganar rápidamente dinero y más tarde poder proveer sus necesidades. Pero todo se fue al garete. Mis sueños nunca se han concretado.

¡Jamás en mi vida he concedido importancia a nada que no fuera la belleza femenina, la gracia de las mujeres, tan dulce, tan infantil! ¡Y considero vil e inane a quien otorgue valor a cualquier otra cosa de este mundo!

Ofrece tu sacrificio al día implacable y a la dura hora, ¡pero has de saber y sentir que tus instantes sagrados y verdaderos son aquellos en que tu mirada capta, entre el asombro y la emoción, a una bella y grácil mujer! Entérate, seducido de la vida, de que eres un jornalero, un destajista, un preso, un recluta, un personaje autoengañado y engañado por la vida, y que solo puedes ser alguien grande y noble a través de la “sagrada y hermosa mujer”.

Las cositas que escribo solo poseen, a mi juicio, el valor de instruir un poco al hombre, agotado y socavado por miles de obligaciones, en el conocimiento de ese ser encantador, delicado y misterioso con que comparte la vida. Carcomido por los deberes del inexorable día, no puede permitirse el lujo de considerar a la mujer un ser extraño e inescrutable, sino que la toma por una simple compañera de agobios y dificultades. El mundo de la mujer solo le resulta caro y comprensible cuando él puede sacarle algún provecho. ¡De lo demás, que se encarguen los poetas! Así pues, esos seres extasiados y un tanto alejados de la vida cogen una y otra vez la lira y ensalzan llorando a esas nobilísimas personas, de las cuales otros obtienen beneficios más brutos. Yo mismo solo he sufrido padecimientos a causa de tan divinas criaturas, por las cuales he dado mi existencia por perdida e inútil. ¡Sin embargo, creo haber aportado un granito de arena para que un soplo del culto griego a la belleza penetre en los jóvenes acosados por la vida! Aunque eso acaso también solo sea una utopía.

Pobre y abandonado, voy tirando con la mirada todavía puesta en una noble mano de mujer, en un andar distinguido, en un rostro tierno y ensimismado. Amén...

NUEVO, VIEJO

¿Qué es un poeta?

Vio en los baños de Gänsehäufel³³ a una joven desconocida, muy alta y esbelta, de pelo dorado oscuro, ondeante, manos y pies delicados y un maillot de seda color ocre sobre un cuerpo de mulata.

Nunca, nunca, nunca ha podido olvidarla.

Vio en una compañía de acróbatas japoneses a una chica de cinco años, de piel amarilla, naricita chata, pelo negro como una peluca. ¡Un juguete que ha cobrado vida!

Nunca, nunca, nunca ha podido olvidarla.

Leyó de una hermosísima esgrimidora veneciana, procedente de una familia rica y respetada, que a los diecinueve años se arrojó sin motivo aparente al vacío desde su habitación situada en el tercer piso y murió.

Nunca, nunca, nunca ha podido olvidarla.

Tenía a una a su lado, pegadita, muy, muy pegadita a él, de día y de noche.

A esta sí que podía olvidarla, olvidarla, olvidarla.

33. Baños de Viena, situados en una isla boscosa sobre el Danubio.

Evolución

Los *freaks* no son genios ni mucho menos, si bien los genios a menudo han sido *freaks*. Sin embargo, solo lo eran en apariencia. Pues tras ellos reinaban Dios y la naturaleza, aunque asumieran para ello formas un tanto grotescas. Hay estados de embriaguez en que se componen sinfonías y hay estados de embriaguez en que se vomita. Ambos estados son embriaguez, éxtasis, exageración. Pero embriaguez y embriaguez no son lo mismo, ¡y no cualquier borracho tambaleante crea luego *lieder* de Schubert en su solitario cuartucho!

Ideales

Una preciosa criada de quince años robó veinte coronas a su señora.

La señora llamó a la policía y presentó denuncia por el hurto. Entonces, la chica, que había querido hacerle un regalo a su madre para su cumpleaños, cogió una botella de alcohol, bebió la mitad de su contenido, roció con la otra mitad la ropa que llevaba puesta y le prendió fuego. Tras once horas de tormento, falleció en la cama de agua.

Una simple ordenanza policial para el futuro:

Cuando se trate de un primer caso y de cantidades inferiores a cien coronas, las denuncias por hurto contra subordinados menores de veinte años serán aceptadas y acto seguido tiradas a la papelera.

Dense largas a los canallas denunciantes, aduciendo que, lamentablemente, el caso se ha “retrasado”...

Domingo

Allí estaban todos alrededor de él, en el pequeño y simpático café revestido de papel pintado color amarillo parduzco, y todos, todos estaban dispuestos a ayudar, y nadie tenía naturalmente ni la menor idea de las destrucciones invisibles que se producían de forma continua en ese cerebro y esa médula espinal minados y destruidos —pues todos los demás órganos estaban en perfecto estado a pesar de los sesenta años—, minados y destruidos por el excesivo consumo de somníferos (Paraldehyd). ¡Un cadáver viviente! Bebían té con zumo de frambuesa, chocolate y café, comían pan con mantequilla y uno incluso comía pan con mantequilla y jamón. Nadie intuía la destrucción y la aniquilación que ocurrían en el poeta, pero como es natural todos deseaban de la manera más torpe imaginable contribuir a la salvación de este organismo tan curioso para el ser y el interés de ellos, para alimentar su esperanza y desesperación, para toda su existencia que a ellos mismos les resultaba tan compleja como misteriosa. ¡Querían salvarlo de los abismos existenciales, rescatarlo para la vida de ellos! En vano.

Demasiado se había hundido ya en la ciénaga de los pecados de sus somníferos, y la preocupación de sus escasos amigos de verdad le resbalaba como bolitas de mercurio sobre un cristal.

Todos lo rodeaban preocupadísimos en el pequeño y simpático café revestido de papel pintado color amarillo parduzco y bebían té con zumo de frambuesa, chocolate (¡en 1918!), cerveza de doble malta Kleinschwechater, etcétera, etcétera, querían ayudar, ayudar, ayudar y sobre todo no tenían ni la menor idea de cómo el poeta era destruido vivo, desde dentro, en toda su sustancia. No hay ayuda, ni amistad, ni entre-

ga desinteresada si el cerebro, rebelde, rechaza de manera en apariencia deliberada, por su propia morbosidad, todo cuanto podría salvarlo. Así pues, uno a uno te van abandonando profundamente decepcionados y te ves obligado a soportar, a vivir los últimos tormentos en soledad. No arrastrarás a nadie a tu abismo de la vida... ¡qué digo, de la muerte! Cada uno y cada una huyen de ti en la última y angustiosa hora marcada por la muerte. ¡Más no pueden hacer por ti de lo que han hecho! ¡Adiós, poeta desdichado, que nos regaló a todos el alma y sucumbió por sí mismo!

¡Adiós!

ÍNDICE

«Peter Altenberg, un <i>clochard</i> en el Café», prólogo de Antoni Martí Monterde.....	7
Introducción de Adan Kovacsics.....	19
<i>Como yo lo veo</i>	29
Nueve y once	29
De diecisiete a treinta.....	32
La naturaleza.....	33
Una velada poética	35
El griego.....	37
Diálogo	39
Cavilaciones de un revolucionario	40
Un corazón apesadumbrado	43
Relaciones humanas	48
En el Volksgarten	50
Annie Kalmar.....	51
Un pájaro, el oriol	52
El embarcadero	53
La rama de endrino	55
La aldea Axanti.....	56
El día de la despedida	57
Noche de otoño tardío	58
Autobiografía	59

<i>Lo que me trae el día</i>	59
Una velada en el teatro	65
Una novata en la oficina de correos	66
El asesino múltiple	69
El pueblo no siempre alberga sentimientos socialdemócratas.....	70
El amor	70
Caballerosidad.....	71
A los cien días	71
«El holandés errante».....	73
Fiesta.....	75
Crónica de sucesos	75
La zarina	81
Verano en Ischl.....	84
Cosas ínfimas	85
Postales	91
 <i>Pródromo</i>	 93
Hetaira.....	105
Sobre el campeonato de “belleza” masculina	105
Alcohol	106
Parábola	107
Fragmentos	108
Presidente.....	109
Elogio de la imperfección	110
Reconocimiento	111
Individualidad.....	112
Puerta a puerta.....	113
El ratón.....	114
Ascensor.....	116
Fragmentos	117
Del diario de una dulce chica vienesa	119

<i>Cuentos de la vida</i>	121
Un disco.....	121
Una carta	122
El guapo.....	123
La infancia	124
El prado real en Vorderbrühl	128
Administración de justicia	129
La moda.....	130
«Vita ipsa». ¡La vida misma!.....	133
Vivencia	134
Estación de Unter-Purkesdorf.....	136
La dama hace lo correcto	139
El poeta.....	140
En un burdel vienés.....	141
Ruidos.....	143
Música de gamelán.....	145
De nuestras lágrimas surge la sabiduría; y de vuestra sonrisa...?	146
Mamá	149
 <i>Estampas de la vida humilde</i>	 151
La mecanógrafa	151
El martín pescador	152
Claveles color lila y color limón.....	153
Máscara de la niña de catorce años	154
Dos animales supuestamente carentes de interés.....	156
En la carretera.	158
El libro de Baudry de Saugnier: «El arte de conducir».....	158
La niñera.....	159
De los olores	160
Vivencia	161
Nexos.....	164
La artista del hambre.....	165
El bastón	166

El comienzo	168
Los momentos culminantes.....	169
Viaje en automóvil	170
Leones marinos	171
Tuberculosis	172
<i>Nuevo, viejo</i>	175
¿Qué es un poeta?.....	175
Evolución.....	176
Ideales	176
Lecho de enfermo.....	177
Carta a Mitzi, danesa de la compañía Lamingson	178
Textos escritos en postales	179
El prójimo.....	181
Insectos	181
Celos.....	182
Anochecer de verano en Gmunden.....	183
Recuerdo.....	184
Así debería ser siempre	186
Vöslau.....	187
De las energías vitales	188
Memorias	190
Una relación verdadera.....	190
Servicios.....	191
Café nocturno	192
Los nervios.....	193
Perfume.....	194
Enfermedad	195
Vista de una causa en Viena	197
Otoño en el Semmering.....	197
<i>Semmering 1912</i>	199
Mamá	199
Perfección	201

Invierno tardío	202
Bobby	203
La felicidad	204
Sanatorio psiquiátrico.....	205
Relaciones superficiales.....	208
La prima	210
Balance.....	211
El viaje en coche.....	212
El riñón.....	212
Charla	213
Contra	214
Carta de una condesa	215
Camarera de hotel.....	215
Ni siquiera fragmentos de pensamientos.....	216
El broche.....	218
Celos.....	219
<i>Cosecha</i>	221
Apéndice a «Pródromo».....	221
Descubrimiento	225
Cabaret	227
La vida	228
La manera de ver.....	229
Fragmentos	230
Karoline	233
Variaciones sobre un tema popular	234
Tiempos de guerra.....	235
De la decencia.....	236
Filosofía	236
Sed sencillas	237
A Pía Doré.....	239
Muy distinguida señora.....	239
Autogramas.....	240
Carta ideal para dar el sablazo	241

Del «juerguista».....	242
La cocina del café.....	243
Fragmentos.....	244
Envejecer.....	244
Alma (a Gustav Mahler).....	245
<i>Segunda cosecha</i>	247
P. A.	247
Fragmentos.....	247
Dedicatoria de mi libro «Cosecha» a K. K.	248
Domingo por la mañana.....	248
Marzo.....	249
Fragmentos.....	250
Burgtheater.....	250
Diálogo.....	252
Fragmentos.....	253
Schubert.....	254
Mi joven lavandera.....	255
Fragmentos.....	255
Enfermedad.....	257
Fragmentos.....	258
Imagen de la humanidad.....	258
Cómo mueren los genios.....	259
Domingo de septiembre.....	262
Fragmentos.....	263
Religioso.....	263
Fragmentos (1915).....	263
Romanticismo de los nombres.....	265
Enfrente.....	265
<i>Vita pisa</i>	267
Pobreza.....	267
La pera.....	267
Moderno.....	268

Impresión.....	270
Artesanía	271
Diseño interior.....	272
La máscara	274
El edificio de correos	274
Mi entierro.....	275
Primavera	276
Fragmentos	277
La juventud.....	277
A los manes de August Strindberg	278
Estado de ánimo	279
“Gorronería”	280
Progreso	281
Memorias	282
Impresiones campestres	283
Juventud de pueblo	284
Vida en el campo	285
Café	286
Zuecos	286
La mañana	287
El paseo.....	288
Por qué no puedo ir al campo.....	289
Hostal campestre.....	290
La canción de cuna.....	291
Guerra mundial.....	291
<i>El ocaso de mi vida</i>	293
Recuerdos	293
Los techadores.....	300
“Pequeña guía” para visitar al poeta	301
El urogallo	302
El diente de león	303
El 20 de abril.....	304
La botella de <i>pilsener</i> en la guerra mundial.....	304

Horas de una noche de insomnio	305
De los celos	306
El mirlo.....	307
Werther.....	307
Fragmentos	308
<i>Papeles póstumos</i>	309
Los retalitos de seda.....	309
La visita.....	310
Medias verdes.....	311
Chinchetas	312
Sanatorios	312
2 de noviembre de 1918.....	313
7 de noviembre de 1918.....	315
23 de diciembre de 1918	316
Domingo	318